

La sumisión por la palabra en los evangelios

Jaime ALVAR

UC3M

Quiero sumarme a este homenaje a Juan Cascajero mediante una lectura de los Evangelios que tiene como objetivo mostrar cómo se establece una relación de dependencia sutil entre Cristo y sus seguidores por el uso de la palabra. Obviamente el Maestro tiene una posición de superioridad evidente que se manifiesta a través de la forma en la que emplea la palabra y cómo le vale para acallar a sus seguidores. Por otra parte, también, se aprecia cómo los Apóstoles serán beneficiarios del uso de la palabra en ausencia del Maestro, de modo que la expresión verbal se convierte en un instrumento eficazísimo de control y dominación.

Estoy convencido de que Juan Cascajero me hubiera mirado con sus ojillos medio guiñados y con sonrisa complaciente si se me hubiera ocurrido proponerle un análisis de estas características. Me habría hecho ver cómo mi indagación era demasiado obvia y me habría invitado a indagar más bien en los silencios de los oprimidos en los Evangelios. Y yo no podría responder más que mis capacidades tienen sus límites y lamentaría no haberme pertrechado con sus instrumentos analíticos. Intentaré descorrer un poco los velos y asumiré sumisamente mi condición de aprendiz de brujo.

* * * * *

El dios encarnado en hombre, hecho todo el Verbo antes que carne, no titubea en el empleo de las palabras que enuncia. Sin embargo, en el momento sublime de la pasión hace un quiebro al Padre solicitando piedad, pero éste no escucha la voz temblorosa del Hijo. Es la única ocasión en la que la palabra no es escuchada. El Verbo, pues, domina la palabra y gracias a ese dominio logra que las palabras de sus allegados sean voces domadas. De este modo establezco el fundamento de mi discurso, que consiste en mostrar cómo el dominio de la palabra genera sumisión, los seguidores del Verbo son voces domadas.

Faltaría al deber contraído con el método si no advirtiera dos premisas casi insalvables para analizar los textos evangélicos como documentos de carácter histórico. De un lado, la ausencia de un discurso monolítico, de modo que quien lo desee puede escoger de entre los textos aquellos que le convengan para reafirmar sus proposiciones y puesto que yo estoy aquí comprometido con el registro de la opresión y la sumisión haré lectura sesgada en opinión de quienes entiendan el discurso contenido en los Evangelios como quintaesencia de la liberación individual y colectiva. Y en esa ambigua dicción reside el otro pilar endeble para el método, cual es el de la interpretación literal o simbólica del contenido del men-

saje de Cristo. Cada especulador elige ante cada pasaje el proceder que más conviene a su interés y lo que resulta imposible es un rigor absoluto, pues el elemento simbólico está presente incluso ante los ojos de quienes deseen hacer una interpretación literal de los textos. La hermenéutica es, pues, esencial para el correcto entender. Pero hay quienes consideran que la hermenéutica es herramienta de precisión, fría como el acero y, en consecuencia, infalible. Nada más alejado de la realidad. La hermenéutica es pura ideología; por ello hay conflicto permanente de interpretación. La clave reside en mi opinión en que los exegetas pretenden que sólo los conocedores de la herramienta están capacitados para trabajar en el texto. Propongo un asalto contra esa razón. El exegeta con su hermenéutica yerra tanto como yo y esa convicción me legitima en la interpretación que mi libre albedrío me procura de la lectura de los evangelios.

La antología de textos escogidos no pretende abarcar la totalidad del asunto, son sólo botón de muestra para hacer creíble mi discurso. El primero de los textos escogidos no podía ser otro:

Aquí está la esclava del Señor; que me suceda según tu palabra (Lc 1, 28).

Si esta es la respuesta al anuncio más insólito que pueda ocurrirle a una mortal, que un dios la escoja como vasija en la que se geste el hijo divino ¿qué se espera de cualquier seguidor del Verbo que se hizo carne?

El dominio de la palabra comienza por el desconcierto generado por un uso indescifrable para quien escucha. Si éste requiere que le expliquen lo oído, ya está alcanzado el primer paso para la sumisión:

4 Juntándose una gran multitud, y los que de cada ciudad venían a él, les dijo por parábola: 5 El sembrador salió a sembrar su semilla; y mientras sembraba, una parte cayó junto al camino, y fue hollada, y las aves del cielo la comieron. 6 Otra parte cayó sobre la piedra; y nacida, se secó, porque no tenía humedad. 7 Otra parte cayó entre espinos, y los espinos que nacieron juntamente con ella, la ahogaron. 8 Y otra parte cayó en buena tierra, y nació y llevó fruto a ciento por uno. Hablando estas cosas, decía a gran voz: El que tiene oídos para oír, oiga.

9 Y sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Qué significa esta parábola? 10 Y él dijo: A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los otros por parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan. 11 Esta es, pues, la parábola: La semilla es la palabra de Dios. 12 Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven. 13 Los de sobre la piedra son los que habiendo oído, reciben la palabra con gozo; pero éstos no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan. 14 La que cayó entre espinos, éstos son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto. 15 Mas la que cayó en buena tierra, éstos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia. (Lc 8, 4-15).

Pero en ocasiones, el significado no es revelado, de modo que se alcanza un umbral mayor de admiración y dependencia:

Como todos se quedaban sorprendidos por todo lo que hacía, dijo a sus discípulos: ‘Vosotros meteos en los oídos estas palabras; pues el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de [los] hombres’.

Pero ellos no entendían estas palabras; les estaban veladas, de modo que no las captaban; y temían preguntarle sobre su significado (Lc 9, 43-45).

Los anuncios de la muerte de Jesús resultaban especialmente opacos para la capacidad de los apóstoles:

Pero ellos nada comprendieron de estas cosas, y esta palabra les era encubierta, y no entendían lo que se les decía (Lc 18, 34 = Mt 20, 17-19; Mr 10, 32-34).

Hay parábolas que se quedan sin explicación, como la del administrador infiel (Lc 16, 1-9), lo que deja abierta la puerta a cualquier interpretación, pues en otro contexto el administrador infiel no habría salido bien parado, pero el exordio concluye claramente con una afirmación sorprendente: “Y yo os digo: ganaos amigos con el dinero injusto”. Es evidente que lo que se defiende es la capacidad de hacerse amigos, pero la lectura directa defiende el fraude de lo ajeno. ¿Por qué rebusca la Palabra en esta ambigüedad desconcertante? Algo similar ocurre con otro de los anuncios proféticos, uno de los textos más desconocidos:

Ahora, el que tenga una bolsa, cójala; lo mismo también una alforja; y el que no tenga, venda su manto y cómprese una espada. Pues os digo que tiene que cumplirse en mí esto que está escrito: *Y fue contado entre los malhechores*. Pues lo que a mí se refiere llega a su fin. Ellos dijeron: “Señor, mira, aquí hay dos espadas”. Él les dijo: “¡Basta ya!”. (Lc 22, 36-38).

Parece evidente que los discípulos no entendieron de qué se les hablaba. Si se trataba de una recomendación para que se prepararan para afrontar el futuro sin él, hemos de reconocer que este mensaje tiene bien poco en común con aquél otro que invita a poner la otra mejilla, pero como decía al principio, se trata de que haya máximas para todas las ocasiones.

Los evangelios están plagados de expresiones inequívocas del férreo dominio de la voz y de la palabra, instrumentos en los que establece la autoridad del Verbo hecho carne:

¿Qué palabra es ésta, que con autoridad y poder manda a los espíritus inmundos, y salen? (Lc 4, 36).

El bautismo de Jesús es buena prueba de su capacidad de imposición sobre el criterio ajeno. No cabe negociación. Jesús posee el conocimiento y la verdad.

Procuráis matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros (Jn 8, 36).

Hay ocasiones en las que la autoridad resulta imprescindible, pues se compete con enemigos nada desdeñables:

Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás (Mt. 4, 10)

Es asimismo su indiscutible autoridad la que emplea al llamar a sus discípulos:

17 Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado. 18 Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores. 19 Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. 20 Ellos entonces, dejando al instante las redes, le siguieron. 21 Pasando de allí, vio a otros dos hermanos, Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, en la barca con Zebedeo su padre, que remendaban sus redes; y los llamó. 22 Y ellos, dejando al instante la barca y a su padre, le siguieron (Mt 4, 17-22).

Todo el contenido de los capítulos 5, 6 y 7 de Mateo está lleno de mensajes impositivos, pues constituye el fundamento ético predicado por Cristo, en el que sigue los dictámenes de la ley y de los profetas, según el mismo declara (Mt 5, 17). En definitiva, lo que exige en ellos es respeto a la ley, sumisión y renuncia.

Pero en ese mismo sentido, lo importante es que Cristo transfiere los poderes a sus discípulos, de modo que cuando ha domado sus voces, los autoriza a emplear el mismo proceder cuando prediquen:

16 El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió (Lc 10, 16).

Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres (Jn 8, 31-32).

No obstante, para alcanzar su autonomía, los discípulos sufren la humillación del Maestro que les demuestra hasta qué extremos son torpes en la aplicación de los poderes:

14 Cuando llegó a donde estaban los discípulos, vio una gran multitud alrededor de ellos, y escribas que disputaban con ellos. 15 Y en seguida toda la gente, viéndole, se asombró, y corriendo a él, le saludaron. 16 El les preguntó: ¿Qué disputáis con ellos? 17 Y respondiendo uno de la multitud, dijo: Maestro, traje a ti mi hijo, que tiene un espíritu mudo, 18 el cual, dondequiera que le toma, le sacude; y echa espumarajos, y cruje los dientes, y se va secando; y dije a tus discípulos que lo echasen fuera, y no pudieron. 19 Y respondiendo él, les dijo: ¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo. 20 Y se lo trajeron; y cuando el espíritu vio a Jesús, sacudió con violencia al muchacho, quien cayendo en tierra se revolcaba, echando espumarajos. 21 Jesús preguntó al padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Y él dijo: Desde niño. 22 Y muchas veces le echa en el fuego y en el agua, para matarle; pero si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos. 23 Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible. 24 E inmediatamente el padre del muchacho clamó y dijo: Creo; ayuda mi incredulidad. 25 Y cuando Jesús vio que la multitud se agolpaba, reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él. 26 Entonces el espíritu, clamando y sacudiéndole con violencia, salió; y él quedó como

muerto, de modo que muchos decían: Está muerto. 27 Pero Jesús, tomándole de la mano, le enderezó; y se levantó. 28 Cuando él entró en casa, sus discípulos le preguntaron aparte: ¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera? 29 Y les dijo: Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno (Mr 9, 14-29 = Mt 17, 15-21; Lc 9, 37-43).

En cualquier caso, no los deja desamparados en su predicación, les advierte acerca de las dificultades que habrán de afrontar:

16 He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. 17 Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; 18 y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles. 19 Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. 20 Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. 21 El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir. 22 Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo (Mt 10, 16-22).

Así es como se logra una fidelidad extrema en el grupo de escogidos que sienten tras haber sido abandonados inicialmente en la ignorancia de las palabras incomprendibles para ellos, de pronto se convierte en los domadores de las voces ajenas. Y ello se acompaña con una clave misteriosa que supera los límites ya abrumadores del dominio sobre los demonios:

No os regocijéis porque se os sometan los espíritus, alegraos porque vuestros nombres están inscritos en los cielos (Lc 10, 20).

Y por si eso fuera poco, se dirige a los discípulos cuyos nombres están inscritos en el cielo, aunque ellos no sepan muy bien qué quiere eso decir, y los desconcierta definitivamente con una nueva exhibición de su dominio de la Palabra:

Todo me fue entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, y quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo. Y vuelto aparte hacia los discípulos, dijo: ‘Dichosos los ojos que ven lo veis. Pues os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que oís, pero no lo oyeron’ (Lc 10, 22-24).

Escuchadas estas palabras los discípulos hubieron de sentirse reconfortados, pues eran testigos de algo que los mismísimos reyes y profetas hubieran deseado presenciar. Ante tales noticias era muy difícil abandonar al maestro por más que fuera difícil comprender lo que éste les decía.

Una vez establecida la importancia del uso de la palabra y su expresión de la jerarquía en las relaciones sociales, me interesa observar otro ámbito que hubiera sido del agrado de Juan Cascajero. Me refiero a la relación de las mujeres con la palabra dominante, no, de la dominación, en los evangelios. De ellos se desprende que la misión de la mujer es servir al varón. Jesús acude a casa de la suegra de Pedro:

y vio a la suegra de éste postrada en cama, con fiebre. 15 Y tocó su mano, y la fiebre la dejó; y ella se levantó, y les servía. 16 Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos (Mt. 8, 14-16 = Mr. 1, 29-34; Lc, 4, 38-41).

La sanación de la anciana, a tenor de lo que nos transmite el texto, no tiene otro objetivo más que el disponer de alguien que pueda servirles. Pero ese mismo pasaje me obliga a otro comentario, como es el de la ingente cantidad de endemoniados que había en el Próximo Oriente en época de Jesús. Tal vez ahí deba encontrar respuesta a la pregunta de por qué Jesús escogió ese momento y ese lugar para hacerse carnal, con el número casi infinito de posibilidades que le brindaba la historia de la humanidad.

Un testimonio adicional de esta función servil que en ocasiones se antoja inútil se encuentra en Mateo (26, 6-12; Mr. 14, 3-9; Jn 12, 1-8):

6 Y estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, 7 vino a él una mujer, con un vaso de alabastro de perfume de gran precio, y lo derramó sobre la cabeza de él, estando sentado a la mesa. 8 Al ver esto, los discípulos se enojaron, diciendo: ¿Para qué este desperdicio? 9 Porque esto podía haberse vendido a gran precio, y haberse dado a los pobres. 10 Y entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿Por qué molestáis a esta mujer? pues ha hecho conmigo una buena obra. 11 Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis. 12 Porque al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura.

Y en este mismo sentido resulta significativo que Lucas (8, 1-2) diga que buena parte de las mujeres que seguían a Jesús “le servían con sus bienes”. Pero hay un caso en el que el destino servil de la mujer se trastoca. Me refiero, naturalmente al episodio de Marta y María:

Cuando iban de camino, entró él en una aldea, y una mujer, por nombre Marta, le dio hospedaje. Tenía ella una hermana llamada María, que, sentada a los pies, del Señor, escuchaba su palabra; en cambio Marta estaba enfrascada en todo lo del servicio. Y presentándose dijo: ‘Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir? Así que dile que me ayude’. Pero el Señor le respondió así: ‘Marta, Marta, te preocupas y te desasosiegas por demasiadas cosas; pero sólo se necesita una y María ha escogido la buena, la cual no le será quitada (Lc 10, 38-42).

Queda para todos claro, pues, que la mujer está para prestar servicio, pero si sus entendederas se lo permiten, por encima de su sumisión está el gozo en la palabra de Cristo. Buena fórmula para iniciar la emancipación femenina.

Otra forma de acceder al tema propuesto es el análisis de su eficacia. La forma en la que se debe acceder a Cristo es la de total sumisión, de modo que los escritos evangélicos sirven de ejemplo para los seguidores. Mi deseo ahora es mostrar cómo se logra el éxito ante Cristo. Podríamos recordar al leproso de Mt. 8, 2 o al caso de los diez leprosos ya mencionados de Lucas (17, 11-19). Sin embargo, creo que es mucho más explícito el afamado episodio del centurión de Cafarnaún (Mt 8, 5-13 = Lc 7, 1-10):

5 Entrando Jesús en Capernaum, vino a él un centurión, rogándole, 6 y diciendo: Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, gravemente atormentado. 7 Y Jesús le dijo: Yo iré y le sanaré. 8 Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente dí la palabra, y mi criado sanará. 9 Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. 10 Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe. 11 Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; 12 mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. 13 Entonces Jesús dijo al centurión: Ve, y como creíste, te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora.

Es curioso, y para algunos sintomático en uno u otro sentido, que Jesús simpatice con el centurión, pero más llamativo resulta la sorprendente relación con el recaudador de impuestos Zaqueo, que no goza de ninguna simpatía en su entorno, ni se aproxima al Verbo en radical entrega. Es más bien ese personaje que va de listo y se sale con la suya. En este caso coincide con el interés de Jesús por descansar en su casa (Lc 19, 1-10).

Igualmente válidos resultan para este propósito el caso de la hija de Jairo (Mt 9, 18-26; Mr 5, 21-43; Lc 8, 40-56), la resurrección del hijo de la viuda de Nain (Lc 7, 11-15), los dos ciegos de Mateo (9, 27), así como el de la fenicia (Mt 15, 21-28) o griega (Mr 7, 24-30) –según qué evangelio leamos-. En la primera versión, destaca claramente cómo Jesús se siente obligado sólo con Israel; no obstante, ofrezco el pasaje de Marcos:

24 Levantándose de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón; y entrando en una casa, no quiso que nadie lo supiese; pero no pudo esconderse. 25 Porque una mujer, cuya hija tenía un espíritu inmundo, luego que oyó de él, vino y se postró a sus pies. 26 La mujer era griega, y sirofenicia de nación; y le rogaba que echase fuera de su hija al demonio. 27 Pero Jesús le dijo: Deja primero que se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos. 28 Respondió ella y le dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos. 29 Entonces le dijo: Por esta palabra, ve; el demonio ha salido de tu hija. 30 Y cuando llegó ella a su casa, halló que el demonio había salido, y a la hija acostada en la cama.

La exaltación de la humildad es patente en la parábola del fariseo y el publicano (Lc 18, 9-14: “cualquiera que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido) o en la del invitado a la boda (Lc 14, 7-11).

También me parece oportuna la aproximación al asunto propuesto desde la perspectiva del desarraigo social. Bastaría con enunciar los episodios en los que las autoridades son deslegitimadas para comprender el contenido alterador del mensaje de Cristo y el consecuente enojo de los grupos dominantes. Pero más allá de esa alteración del orden público está el desasosiego que genera un mensaje incendiario como este:

49 Fuego vine a echar en la tierra; ¿y qué quiero, si ya se ha encendido? 50 De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla! 51

¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión. 52 Porque de aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres. 53 Estará dividido el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra (Lc 12, 49-53).

Y Mateo (10, 34-35) escribe:

34 No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. 35 Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra.

Y Lucas (9, 57-62 = Mt 8, 18) recoge dos explosiones de despiadada crudeza:

57 Yendo ellos, uno le dijo en el camino: Señor, te seguiré adondequiera que vayas. 58 Y le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza. 59 Y dijo a otro: Sígueme. El le dijo: Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre. 60 Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve, y anuncia el reino de Dios. 61 Entonces también dijo otro: Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa. 62 Y Jesús le dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios.

No es mera retórica. Los episodios en los que Cristo exige el abandono de la familia son dramáticos. Uno a uno va separando a sus discípulos de sus seres queridos. Y culmina:

Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan (Lc 6, 22).

Pero el punto culminante se encuentra en el rechazo de Cristo a su propia familia (Mt 12, 46-50 = Mr 3,31-35; Lc 8, 19-21):

46 Mientras él aún hablaba a la gente, he aquí su madre y sus hermanos estaban afuera, y le querían hablar. 47 Y le dijo uno: He aquí tu madre y tus hermanos están afuera, y te quieren hablar. 48 Respondiendo él al que le decía esto, dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? 49 Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. 50 Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre.

Y el propio Mateo (19, 29) sentencia:

“Cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos, o tierras por mi nombre, recibirá cien veces más”.

¿No es ese comportamiento propio de quien crea una secta? Pero los sectarios no sólo son conminados a disolver los lazos sociales de su pasado, para crear la nueva familia, la milicia de Cristo, sino que se requiere de ellos la negación de sí mismos:

Hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos (Mt 19, 12 = Mr 10, 12; Lc 16, 18).

E igualmente Lucas insiste en 14, 26:

Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo.

Ahora deseo cerrar mi selección con el más explícito de los textos que es en mi opinión el de Lucas 9, 23:

Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.

El análisis de los evangelios desvela claramente la estrategia del dominio a través de la palabra. Sin lugar a dudas el fiel sumiso es el seguidor deseado por los dirigentes de la secta. Cuando ésta se convierte en paladín del Estado, no podía haber mejor súbdito para el Emperador que el sumiso fiel cristiano, pues asume sin violencia la opresión.